

ha querido la veleidosa humanidad cifrar la expresion suprema del dolor.

¡Como si el dolor tuviese ni pudiera nunca admitir otra expresion que el llanto, *el llanto del alma!*

Para el dolor hipócrita, como ya hemos dicho, para las penas artificiales en que se interesa la cabeza, única rueda que hace mover entónces las manos de la esfera, están las lágrimas que no queman, que no dejan surco, que no pueden dar razon del estado del alma, porque no vienen de tan léjos: *las lágrimas de los ojos.*

Entre estas y las del alma hay la diferencia misma que entre las perlas de Oriente y las burbujas de jabon.

Distinguir las á primera vista, á pesar de tan inmensa diferencia, equivale á penetrar en uno de los principales misterios de LA MUJER.

Y quien penetra en los misterios de LA MUJER tiene mucho adelantado en el camino de la sabiduría; y si además disfruta las delicias del amor, puede dar por resuelto un gran problema; alcanza una dicha que antiguamente se juzgaba difícil, aun para los dioses del Olimpo:

Amare et sapere via deis conceditur.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

LA MELANCOLIA.

I.

El capítulo de *la melancolía*, ¿debe preceder ó debe seguir al del *llanto*?

¿Llora el que está melancólico, ó cae en la melancolía el que ha llorado mucho?

Hé aquí una cuestion de *prioridad* casi tan grave como la mayor parte de las que resuelve la filosofia de ciertos sábios.

¿Quién fuera filósofo!

El autor de estos APUNTES promete dedicarse á la susodicha filosofia, y para otra edicion ya sabrá de cierto si debe anteponer ó posponer este capítulo.

Los médicos tratan de la melancolía en sus libros antiguos y modernos: dicen que se cu-

ra respirando los aires purísimos del campo, y distraendo el espíritu ante el majestuoso espectáculo de la naturaleza.

Esos médicos, sin que se ofenda por ello la respetable clase, saben muy poco de achaques del corazón: no es esto decir que no conozcan los remedios científicos que deben aplicarse en las diversas enfermedades de esa viscera.

No todas las palpitaciones del corazón degeneran en lesiones orgánicas. Mejor curan los doctores las palpitaciones que se perciben en el exterior, que las que agitan al pobre enfermo en el espacio más recóndito del pecho.

Para ese mal no bastan los recursos de la ciencia.

Lo que no logran los libros de Hipócrates y Avicena; lo que no se alcanzaria con todos los simples y compuestos de la antigua y de la nueva farmacopea, lo logra una mirada de ternura, lo alcanza un suspiro de amor.

¡El campo! El campo es el magnífico alcázar de las almas melancólicas: allí cuentan sus penas al aura que las acaricia, y acrecientan con sus lágrimas el caudal transparente de los arroyos.

La melancolía es una enfermedad del espíritu. Los enfermos que la padecen anhelan sobre todo la soledad.

Cuando una mujer siente disgusto y males-

tar en medio de la multitud, de cierto se halla enferma: su dolencia no está en los nervios; está en el espíritu.

La melancolía se cura ó se agrava en la soledad.

La melancolía es un padecimiento á que, por lo regular no están sujetas las almas vulgares; la melancolía y la soledad se han comparado á un desierto, donde no se puede subsistir sin provisiones.

El oasis de ese desierto es la esperanza.

Nunca estoy más acompañado, solía decir un héroe romano, que cuando voy solo; nunca hablo más que cuando callo.

Nunca es más formidable una mujer que cuando calla; nunca está más angustiada por la soledad del corazón que cuando evita la sociedad de las gentes.

La soledad es la atmósfera donde respira la melancolía.

A corazones heridos, sombra y silencio, ha dicho Balzac.

Únicamente en la soledad puede hojearse sin riesgo el libro del corazón.

Los que nunca han vivido en la soledad concluyen por conocer á los otros y no conocerse á sí mismos.

Quien no ha vertido lágrimas en la soledad, no sabe cuáles son las lágrimas verdaderamente amargas.

La soledad es el egoismo supremo del dolor.

Viviendo entre la multitud puede vivir sola una mujer.

Este fenómeno se verifica en dos ocasiones: cuando ama ó cuando sufre; ó mas bien en una sola: cuando ama.

II.

La melancolía se presta á veces á la caricatura.

La caricatura de la melancolía se llama *pseudo-sentimentalismo*.

El *pseudo-sentimentalismo* es una enfermedad de la cabeza; no puede, pues, confundirse con la melancolía, que es una enfermedad del espíritu.

La melancolía es el triunfo del corazón sobre los sentidos.

La alegría del rostro suele ser el triunfo de los sentidos sobre el corazón.

Cuando el amor es manantial de *sentimientos*, suele producir la melancolía: cuando es solo manantial de *sensaciones*, suele ocasionar tristeza.

Entre la melancolía y la tristeza hay gran distancia: la distancia que media entre la cabeza y el corazón.

Un alma melancólica está dispuesta á todos los sacrificios; una alma triste no está dispuesta sino á recibir consuelos.

Hay en la melancolía una mezcla indefinible de placer y de amargura: la combinación del sentimiento y la tranquilidad que se bosquejan en la palidez.

Porque la palidez es de ordinario el signo exterior de la melancolía.

Es necesario que á través de la epidermis se dejen percibir el alma, la pasión y el dolor; y el alma, la pasión y el dolor son pálidos, según el insigne Lamartine.

La palidez, ha dicho una escritora, diviniza la belleza de las mujeres y ennoblece la de los hombres.

Cuéntase que en los tiempos del romanticismo abundaba la palidez artificial.

Así se explica la abundancia de carmin que hoy observamos.

Los perfumistas dan hoy salida á *los colores* que entonces se estancaron.

III.

¿Cuáles son las causas de que procede casi siempre la melancolía en las mujeres?

O la falta de amor, ó el exceso de amor. Más de una vez lo hemos dicho ya: la condi-

cion de la mujer es tristísima; condenada á esperar, á esperar indefinidamente.

Y ¿quién ha dicho que en el alma de la mujer no puede brotar una pasión pura, pero vehemente; noble, pero avasalladora?

Y ¿quién ha dicho que esa verdadera enfermedad del corazón ha de salir al pulso, ni calificarse de mal de nervios, ni curarse, en fin, con récipes y con dieta?

Campo y distracción, dicen los doctores.

Esos doctores no suelen ser fuertes en dolencias del corazón.

Amor, esperanzas; hé aquí el campo donde es preciso que respiren, no sus pulmones, sino su espíritu.

Amor, esperanzas: hé ahí el ambiente que puede volver su antigua lozanía á esas flores que se agostan.

Y cuando la mujer ama de veras, cuando engasta su corazón en el corazón de un hombre, y aquel hombre que la engañaba, al desprender su corazón desgarrado el ajeno, del cual se lleva un pedazo, cuando tal sucede, preguntamos, ¿podrá vivir serena y sonreír aquella infeliz mujer?

La melancolía, que es hija de un exceso de amor (y el amor es siempre excesivo cuando es mal correspondido ó menospreciado), nos parece la más profunda y la más legítima.

En ella existe la mezcla indefinible de placer y de amargura: el placer está en la grata

ilusión que siempre tiñe de rosa los horizontes de lo porvenir. La amargura está en los recuerdos lúgubres que siempre ofrecen á la vista la sombra horrenda del dolor pasado.

¿Cuáles son los síntomas que acompañan á la melancolía?

Son tales, que no pueden nunca ni por nadie confundirse. No nos referimos á los síntomas que observan y examinan los que no ven en la melancolía sino un estado patológico: para ello remitiríamos á nuestros lectores á cualquier tratado de medicina.

La sonrisa de la melancolía tiene en sí una expresión tan vaga, tan dulce, tan misteriosa, que en ella sólo se encierra mayor tesoro de sentimientos y de emociones que en libros enteros de los que produce el moderno escepticismo.

La mirada melancólica es raudal apacible de ternura, que no es dado percibir á todos los corazones; á la manera que sólo el águila puede mirar de frente el disco esplendoroso del sol.

La mirada de una mujer melancólica semeja el tibio destello del sol que se pone en un confin para alumbrar en el otro con resplandores más vivos.

¿Cuáles son los medicamentos con que se cura la melancolía?

La ciencia dice: *campo y distracción*.

La experiencia dice: AMOR Y ESPERANZA.